

MATEO

Capítulo 23:25 - 24:3

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro recorrido por el evangelio según San Mateo. En nuestro programa anterior estábamos considerando el versículo 24 de este capítulo 23, donde Jesús dice a los fariseos: *¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!* Ahora, quizá este versículo nos cause un poco de risa por lo humorístico que parece. Pero, el Señor dijo esto en serio, y estamos seguros que muchos en la multitud que le escuchaban se rieron, y especialmente los que conocían a los príncipes religiosos. Hay muchas personas hoy en día que son exactamente como los escribas y los fariseos, que pretenden hacer grandes las cosas más pequeñas. Cuelan el mosquito y tragan el camello. A propósito, el camello era el animal inmundo más grande de Palestina. Se cuenta de una señora que solía disputar sobre lo terrible que era el pintarse los labios para las damas. Sin embargo, ella tenía la lengua más mala que cualquier otra persona que se haya conocido. Llevar la pintura de la chismografía en la punta de la lengua, es mucho peor que llevar un poquito de pintura sobre los labios, y mayormente si se sirve de aquella pintura para teñirse en negro el carácter o la fama de otra persona. Es asombroso, amigo oyente, aun en nuestros días cómo las personas cuelan el mosquito y se tragan el camello. Ahora, consideremos los versículos 25 y 26 de este capítulo 23 del evangelio según San Mateo:

²⁵¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ²⁶¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. (Mat. 23:25-26)

Este quinto ¡ay! describe a los fariseos con su énfasis sobre las cosas externas. Este es un cuadro de la iglesia corriente hoy en día, que está muy ocupada en limpiar por fuera la copa y el

plato. Cumplen con todas las ceremonias. Desean tener el mejor equipo. Hablan tan bien y tan piadosamente por fuera, pero por dentro, no tratan el pecado. En la mayoría de los casos ni aún les gusta la palabra *pecado*. Bueno, es una palabra sucia, y el pecado tiene que ser limpiado, tiene que ser quitado, erradicado. Amigo oyente, ninguna ceremonia externa puede limpiar la corrupción interna. Los fariseos substituyeron la realidad por el rito; la fe, por la formalidad y a Dios, por la liturgia. Ahora, los versículos 27 y 28 dicen:

²⁷¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. ²⁸Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. (Mat. 23:27-28)

Esta es una forma figurativa de hablar muy espantosa. Los fariseos son un cuadro de la copa y el plato que están limpios por fuera, pero sucios por dentro. También es un cuadro de la iglesia organizada de hoy en día, y desafortunadamente es también un cuadro del llamado *cristiano* común y corriente. Muchos de los que se autodenominan cristianos, son de un mármol muy bello por fuera, pero por dentro no son mas que huesos muertos. Están muertos en sus delitos y pecados. Tienen la apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de aquel poder que es capaz de tomarlos, regenerarlos, y hacerlos una nueva creación en Cristo Jesús. Amigo oyente, mientras usted no acuda a Cristo como pecador, y le pida el perdón de sus pecados, el hecho de que usted sea miembro de alguna iglesia, queda nulo y sin valor. Usted no es nada más que un hipócrita. Eso es lo que dice el Señor aquí en este pasaje.

Se dice que la mayoría de la gente hoy en día, es miembro de alguna iglesia. Sin embargo, cada vez que usted entra en algún lugar público puede notar que el noventa y nueve por ciento de la gente, toma bebidas alcohólicas, usa profanidad, cuenta chistes indecentes, y vive como vive el resto del mundo. Y, amigo oyente, es que hay muchos sepulcros blanqueados que caminan hoy en día; son cementerios ambulantes, unos zombies, muertos en sus delitos y pecados. Como usted ve, el Señor está usando aquí un lenguaje drástico, enérgico. Continuemos ahora con los versículos 29 al 33 de Mateo, capítulo 23:

²⁹¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, ³⁰y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. ³¹Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ³²¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ³³¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? (Mat. 23:29-33)

El Señor acusa a los escribas y fariseos de tener la misma naturaleza perversa de sus padres. Creían que edificando y adornando los sepulcros de los profetas asesinados, se quitaban la responsabilidad de aquellos asesinatos. Pero Jesús está diciendo que sus hechos comprobaban lo opuesto, porque edificando los sepulcros estaban terminando lo que sus padres habían comenzado. Jesús conocía lo que estaba en sus corazones y sabía que conspiraban Su muerte.

Muchas personas creen que por ser Jesús tan benigno y amable, nunca podría haber golpeado súbita y violentamente una mosca, ni aplastado una uva. Esto simplemente, no es verdad. El Señor llama a estos escribas y fariseos, serpientes y víboras. Amigo oyente, ¿conoce usted otro lenguaje que sea más drástico que este? El Señor dice que estos hombres son hijos de víboras. Esto es devastador para aquella doctrina que enseña la hermandad universal del hombre y la paternidad universal de Dios. Amigo oyente, Dios no lo reconocerá a usted como Su amigo, ni mucho menos como Su hijo, si usted persiste en rechazar a Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios. La única manera de llegar a ser hijo de Dios, es recibiendo, creyendo en Jesucristo como su Salvador personal. El Apóstol Juan, en el primer capítulo de su evangelio, versículo 12, manifiesta con toda claridad: *Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.*

En estos versículos el Señor habla en términos drásticos. Jesucristo vino a la tierra para morir por nuestros pecados porque nos ama. Pero si usted, amigo oyente, lo rechaza, Él llegará a ser su Juez. Leamos ahora los versículos 34 al 36 del capítulo 23 de Mateo:

³⁴Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; ³⁵para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. ³⁶De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación. (Mat. 23:34-36)

Profetas, sabios, y escribas son términos muy conocidos para estos oyentes del Señor. La persecución de estos hombres por los fariseos, aumentaría así su culpa, de tal manera que el Señor tuvo que enviar el juicio divino sobre aquella generación de la nación. Todos los asesinatos en el Antiguo Testamento, desde Abel, en el capítulo 4 de Génesis, versículo 8, hasta Zacarías, segundo libro de Crónicas, capítulo 24, versículos 20 al 22; y las lecciones que enseñan estos relatos no lograron producir impresión alguna sobre estos príncipes religiosos. Rehusaron arrepentirse de sus malos caminos, y así eran culpables ante Dios. No nos olvidemos que sólo unos pocos años después de que el Señor habló estas palabras, Jerusalén fue destruida. Leamos ahora los versículos 37 y 38:

³⁷¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! ³⁸He aquí vuestra casa os es dejada desierta. (Mat. 23:37-38)

Jerusalén rechazó a Jesucristo en Su entrada a esta gran ciudad. Ahora, el Señor rechaza a Jerusalén. Pero el Señor todavía ama a estas personas aunque las ha denunciado, y aquí Él llora. En el Antiguo Testamento Jeremías dio el mensaje más fuerte a los judíos, y luego lloró. Aquí, el Rey rechaza en forma definitiva a Jerusalén, la ciudad del Rey.

Al salir el Señor Jesucristo del templo en Jerusalén, por última vez, les dijo que Su casa les era *dejada desierta*. Un templo del cual Dios se aparta, ya no es más casa de Dios sino sólo casa de hombres. El Señor era la gloria ‘el shekina’ que se había aparecido. Pero, ahora se estaba apartando: *Icabod, . . . ¡Traspasada es la gloria de Israel!* – cita del primer libro de Samuel 4:21. Ahora, el versículo 39 de Mateo 23, dice:

³⁹Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor (Mat. 23:39)

Se terminó el ministerio público del Señor. Este versículo es una referencia clara a la segunda venida de Cristo a la tierra para establecer Su reino. Podemos referirnos a Isaías, capítulo 11; a Jeremías, capítulo 23, versículos 5 al 8; y a Zacarías, capítulo 14, versículos 4 al 21. Cuando venga el Señor la segunda vez a la tierra, los judíos como nación lo recibirán con regocijo y aceptarán entonces a su Mesías que antes rechazaron. Y así, amigo oyente, concluimos nuestro estudio del capítulo 23 del evangelio según San Mateo. Y ahora, entramos al estudio del capítulo 24. En este capítulo, los discípulos hacen a Jesús tres preguntas y Él contesta dos de ellas con respecto a la señal del fin de la edad y la señal de Su venida.

Los capítulos 24 y 25 de San Mateo, conocidos como el Discurso del Monte de los Olivos, constituye el último de los tres discursos principales de Jesús en este evangelio. Estos discursos son: primero, la constitución del Reino, o sea, lo que comunmente conocemos como el Sermón del Monte, en los capítulos 5 al 7 de San Mateo. Y allí se dan las éticas del Reino. En segundo lugar, la continuación del Reino, o sea, el discurso de las parábolas de los misterios, en el capítulo 13 de San Mateo. Y allí tenemos la enunciación del presente estado del Reino. Y en tercer lugar, la conclusión del reino, o sea el discurso del Monte de los Olivos que consideraremos en los capítulos 24 y 25 de San Mateo. Aquí también se da a conocer la Escatología, o sea, el futuro del Reino. Se les llama a estos discursos, los discursos principales por razón de su extensión, contenido y propósito. Después de que Jesús anunció al final del capítulo 23 que Jerusalén no le vería más hasta Su regreso, en aquel tiempo cuando ellos dirían ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!, sus discípulos quedaron perplejos, pues esperaban la instauración del Reino y no tales palabras. Más tarde le llamaron la atención a Jesús en cuanto a los edificios del templo. Luego, Jesús los asustó aún más al afirmar que no quedaría allí piedra sobre piedra. Esto produjo muchas preguntas en sus mentes. Vinieron, pues, a Jesús con tres preguntas relacionadas con su perplejidad. El discurso del Monte de los Olivos es la respuesta que Jesús dio a estas tres preguntas de Sus discípulos: *Dinos, – primero – ¿cuándo serán estas cosas?* En segundo lugar, *¿qué señal habrá de tu venida?* Y en tercer lugar, *¿del fin del siglo?* – o, de la edad. (Mateo 24:3)

Las respuestas a las dos últimas preguntas se encuentran en Mateo. Tanto Marcos como Lucas registraron una porción del discurso del Monte de los Olivos. Lucas anotó la respuesta que Jesús dio a la primera pregunta de los discípulos en cuanto al tiempo cuando no quedaría piedra sobre piedra en los hermosos edificios del templo, el versículo 2. Esta profecía fue cumplida en el año 70 D. C., cuando el templo fue destruido.

Ahora, necesitamos recordar que los discípulos no estaban pensando en términos de la Iglesia; que estaban saturados con las Escrituras del Antiguo Testamento, las que les habían contado acerca de un período de dolor intenso que precedería al establecimiento del reino, y que es denominado, *tiempo de angustia para Jacob*. El profeta Jeremías, en el capítulo 30 de su profecía, versículo 7, habla en cuanto a este tiempo y dice: *¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado.*

En Deuteronomio, capítulo 4, versículos 30 y 31, Moisés también se refiere a este tiempo de dificultad, antes de que los israelitas pudieran entrar en la tierra prometida. Moisés dice: *Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres a Jehová tu Dios, y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres.*

Usted debe leer, amigo oyente, el discurso del Monte de los Olivos muchas veces, hasta cuando se familiarice con su contenido. No trate de atribuirle los eventos de los 2000 años pasados. No trate de insertar a la iglesia en esta sección. Jesús, positivamente no habla aquí en cuanto a la iglesia, sino que contesta las preguntas de los discípulos, quienes están solo pensando en cuanto al establecimiento del reino de los cielos.

El Discurso del Monte de los Olivos mira más allá, hacia aquel tiempo del fin que menciona Daniel y del cual los discípulos indagaron diciendo: *Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?* (Hech. 1:6). Muchos versículos exponen claramente que este discurso toca a Israel y a los gentiles y no a la iglesia. Algunos eventos en el principio del discurso son contemporáneos con la iglesia, pero aún éstos no son términos sinónimos a ella.

El libro de Daniel, el Discurso del Monte de los Olivos, y el libro de Apocalipsis combinados, dan un cuadro multifacético de las profecías relacionadas con la venida de Cristo para establecer Su Reino. Cabe recordar aquí la segunda carta del Apóstol Pedro, capítulo 1, versículo 20, donde dice: *entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada.*

Nuestro Señor ahora ha denunciado a los príncipes religiosos. Ha vuelto la espalda a Jerusalén y les ha dicho a sus habitantes, que Su casa o sea el templo, quedaría desierta. Leamos entonces los primeros dos versículos de este capítulo 24 de Mateo:

¹Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. ²Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada. (Mat. 24:1-2

Los discípulos estaban turbados por el lamento de Jesús sobre Jerusalén con el uso de la palabra fuerte: *He aquí vuestra casa os es dejada desierta* – en el versículo 38 del capítulo anterior. Querían entonces dirigir Su atención hacia la hermosura del templo, el cual estaba lejos de ser desolado. Luego, Jesús los afligió más con la declaración tocante a la destrucción venidera de Jerusalén. Los discípulos miraron el templo de Herodes, el cual después de unos cuarenta años de construcción todavía no estaba completo, y parecía todo, menos desolado. Los discípulos, sin embargo, no “vieron” las cosas como las vio el Señor Jesús, quien podía ver más allá del tiempo presente.

Amigo oyente, ¿ve usted su ciudad natal hoy en día como Dios la ve? Realmente nosotros no miramos al mundo hoy en día como Dios lo ve. Se están desvaneciendo los centros culturales, las escuelas, los rascacielos, todas las grandes ciudades están bajo el juicio de Dios y todas se desvanecerán. ¿Vemos nosotros estas cosas cuando contemplamos nuestro mundo de hoy? Veamos ahora, las tres preguntas que los discípulos hacen a Jesús. Y aunque no tenemos tiempo para entrar en una explicación detallada de las mismas, vamos por lo menos a mencionarlas. Leamos entonces, el versículo 3 de este capítulo 24 de Mateo:

³Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? (Mat. 24:3

Al sentarse el Señor en el monte de los Olivos, – motivo por el cual esta sección se llama, el Discurso del Monte de los Olivos – Sus discípulos vinieron a Él con tres preguntas que habían surgido en sus mentes con respecto a Sus declaraciones en cuanto a Jerusalén:

En primer lugar, ¿Cuándo serán estas cosas? – Cuando no quedará piedra sobre piedra.

En segundo lugar, ¿Qué señal habrá de tu venida? – La respuesta a esta pregunta se encuentra en los versículos 23 al 51.

Y en tercer lugar, ¿Qué señal habrá del fin del siglo? – La contestación a esta pregunta se encuentra en los versículos 9 al 22.

Como dijimos anteriormente, entraremos en más detalle en nuestro próximo programa. Confiamos en que usted nos volverá a sintonizar. Será pues, hasta pronto, ¡que el Señor le bendiga es nuestra más ferviente oración!